

LOS ORIGENES DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Por

Canis VENATICI
Armada de Chile



CUANDO A MEDIADOS de la década de los años treinta comenzó a intuirse la posibilidad de una "segunda guerra mundial", la reacción de la conciencia de Occidente fue, en general, de sorpresa e incredulidad. Parecía imposible que una generación que todavía recordaba los horrores del primer conflicto, tan trágico como inútil, pudiera embarcarse en una aventura similar o todavía peor. No faltaban voces que aseguraban que la tensión mundial partía de supuestos convencionales y momentáneos, que se disiparían al primer cambio de coyuntura. La segunda conflagración, pese a que fue un hecho que también, durante años se estaba viendo venir, cogió a la Humanidad tan desprevenida como en la primera.

También hoy, con la perspectiva histórica que permite contemplar los hechos históricos "a posteriori", el episodio de la Segunda Guerra Mundial resulta difícilmente concebible, y sin duda el hecho que resulta más sorprendente para el analista no es el estallido en sí, sino la rapidez de su llegada. Veinte años de paz parecen un niazo muy corto, habida cuenta de la magnitud de los conflictos planteados, la extensión de los daños, la universalidad del es-

carnio y las garantías que los vencedores creyeron haber establecido a través de las paces de 1919. Tuvo que ser muy grande la volución del mundo a lo largo de esas dos décadas, para que en 1939 estallase una guerra que en 1919 se consideraba imposible en un plazo, como mínimo de dos generaciones.

Es preciso, para comprender las razones o sinrazones —pero, en suma, los motivos— del estallido de 1939, considerar condiciones de esa evolución histórica a la largo del periodo de entreguerras, y la aparición de factores que precipitaron dramáticamente la crisis. Pero tampoco está de más tener en cuenta, ya desde el primer momento, que eran en realidad mucho menos seguras de lo que parecía. Cierta que no se regatearon esfuerzos para lograr toda clase de garantías para asegurar el orden establecido por los vencedores; pero tales garantías se basaban exclusivamente en la fuerza, y una situación de fuerza supone siempre una tensión, real o virtual, de la cual no es raro que derive una nueva ruptura en cuanto el dogal del vencedor, por cualquier motivo, se debilite momentáneamente. La "paz cartaginesa" estaba sí condenada tarde o temprano, a una segunda guerra púnica. Aquí radica, cuando menos, desde un pun-

to de vista mecánico, una de las claves fundamentales del fallo.

Si la paz anterior a 1914 se basaba en cierto modo en la fuerza —"el libre juego de las potencias", Intuido por el positivismo bismarckiano— este fuerza era aprovechada para constituir un sistema de equilibrio, y fue el equilibrio lo que permitió la prolongación de la "paz armada", hasta que comenzó a dar claros síntomas de romperse; y fue esta amenaza de una inclinación de la "balance of powers" —como hoy se admite universalmente— la que empujó al bando supuestamente afectado, las potencias centrales, a precipitar la crisis.

Pero la paz posterior a la primera guerra ya no se basaba en el equilibrio, sino en todo lo contrario, el desequilibrio. Se quiso hacer de este desequilibrio la garantía de un mantenimiento indefinido de la situación, sin tener en cuenta que del desequilibrio no puede nacer nunca la estabilidad, ni menos la concordia o la conciencia de una situación de justicia. Máxime que se trataba de un desequilibrio artificial, sostenido por la fuerza, pero que no respondía a la realidad de las posibilidades históricas. Por eso no faltaban razones a quienes sostienen que las dos guerras mundiales fueron sólo dos capítulos de un mismo drama. Y en ese caso no debe extrañarnos, sino todo lo contrario, que haya estallado a tan poca distancia una de la otra.

La evolución del condicionamiento internacional a que acabamos de referirnos nos proporciona ya las líneas elementales del proceso que condujo a la guerra. Una serie de incidentes, que se escalonan a lo largo de la década de los treinta, provocados principalmente por el expansionismo territorial alemán, italiano o japonés, van señalando el agravamiento de la crisis mundial. Estos acontecimientos, de los que nos corresponde ocuparnos ahora, son, fundamentalmente, los siguientes:

1º "La crisis de Manchuria", en 1931, provocada por el intervencionismo japonés en el continente asiático, y que, a la vuelta de sucesivas agresiones o conatos de agresiones, desembocarán en una guerra abierta entre Japón y China, en 1937.

2º Los inicios del "revisionismo" alemán en 1934, con el primer intento de "Anschluss" austríaco, la recuperación del Saare en 1935 y la inmediata remilitarización de Renania.

3º "La guerra de Etiopía", en noviembre de 1935, primer acto importante del expansionismo mussoliniano, y que rompe con el cuadro habitual de las alianzas, iniciando la ruptura de la "seguridad" garantizada hasta entonces por los signantes de Versalles.

4º "La guerra civil española", comenzada en julio de 1936, y que por su carácter ideológico y por sus importantes implicaciones políticas, obligó a definirse a unos y otros, contribuyendo no solo a deslindar los campos, sino al enfrentamiento de hecho de los eventuales beligerantes en los campos de batalla.

5º "La anexión definitiva de Austria", en marzo de 1938.

6º "La crisis de los Sudetes", en septiembre del mismo año.

7º "La crisis de Dantzig y el corredor polaco", desde abril de 1939 hasta septiembre de 1939, en que se inicia la Segunda Guerra Mundial.

La guerra civil española, fue, desde el punto de vista del escalamiento a que nos estamos refiriendo, un hecho episódico, independiente a la iniciativa de los bandos que habrían de desencadenar el gran conflicto. Los seis hechos restantes que hemos enumerado son reivindicaciones o agresiones que parten de los países signantes del "Pacto Tripartito". Cuatro de estas acciones corresponden a Alemania y son, desde luego, las más "típicas", en una línea de escalonamiento que habría de terminar, de hecho, en la guerra misma.

Las reivindicaciones de Hitler siguen una sistemática regular, como si obedecieran a un plan preconcebido. Alemania pone sobre el tapete, inesperadamente, una reclamación territorial, que justifica por la necesidad de unificar a todos los pueblos germanos y por el propio deseo de los habitantes del territorio en cuestión, que ansian formar parte de la "Gross Deutschland". El país perjudicado, apoyado por las potencias que luego constituirán el bando de los aliados, se opone a las reclamaciones germanas, y se suscita una cuestión internacional que enrarece el ambiente por espacio de unas semanas. Crece la tensión, se habla de un peligro de guerra, se toman por una y otra parte medidas militares, y, al fin, los presuntos "aliados" ceden, por considerar el "apaciguamiento" preferible a un conflicto; al fin y al cabo, lo que re-

claman los alemanes no es tanto ni tan desprovisto de motivos. Hitler parece darse por satisfecho, se congratula porque al fin se haga justicia al Reich, y reafirma su propósito de mantener la paz del mundo y las buenas relaciones internacionales. Hay un respiro, que en los últimos ciclos no duró más allá de unos meses. Al cabo de ese tiempo, Alemania formula una nueva reclamación, y vuelve a comenzar la historia.

Es la estrategia de las anexiones por partes, que preterde evitar la guerra, o por lo menos aplazarla. Cada reclamación por separado no merece el sacrificio de un conflicto general, y parece, además, que va a ser la última. En estas condiciones, el juego se repetiría tantas veces como lo hubiera de permitir la paciencia de los "aliados" o su sentido del riesgo.

La estrategia de ataques por separado, en realidad, no hacía más que prefigurar el sistema a emplear por Alemania durante el conflicto. La Segunda Guerra Mundial, en realidad, había comenzado ya bastante antes de que nadie se diese cuenta.

Japón podía considerarse, como Italia, entre los "pequeños vencedores" de la Primera Guerra Mundial. Había adquirido, por la "Paz de Versalles", el "mandato" sobre ciertas posesiones oceánicas arrancadas al Imperio alemán —islas Marianas, Carolinas, Palaos— de alta importancia estratégica, pero nulas en lo que podían representar de engrandecimiento territorial o posibilidades económicas. Eso sí, representaban una importante catapulta hacia las Filipinas, Australia y la Polinesia, con la consiguiente posibilidad de establecer bases navales o militares, y de chocar, de paso, con los intereses norteamericanos, que, por la "línea Hawaii-Wake-filipinas", se cruzaban inexorablemente en el camino. En cambio, quedaban incumplidos los sueños japoneses de expansión continental. La situación en Manchuria no era más favorable a los intereses nipones que en 1905. Y en cuanto a las posibilidades económicas, si los ingleses habían perdido tras la guerra una buena parte de sus mercados en Extremo Oriente, los nipones no pudieron aprovecharse totalmente de la ocasión, porque los Estados Unidos mostraban un creciente interés por la zona. Todo nuevo intento expansionista quedaba previsiblemente cortado por el "Pacto de las nueve potencias" (1922) que garantizaba la integridad de China y el mantenimiento del "statu quo" en el Extremo Oriente.

Aún así, Japón prosperó visiblemente durante la década de 1920 a 1930, en común disfrute con los países occidentales de los "felices años". Pero también fue común el bache de la depresión. En las islas japonesas, el problema vino acompañado de un matiz demográfico que en el resto de los países civilizados no se daba, por lo menos en la misma vigencia. De los cincuenta millones de habitantes en 1914, Japón pasa a los setenta millones en 1939.

Si en vísperas de la primera guerra era ya un país poblado, en vísperas de la segunda era superpoblado, y sus caminos de expansión estaban cerrados por lo que los japoneses consideraban boicot de las potencias privilegiadas de Occidente. La crisis económica de 1930, que Japón sufrió en el mismo grado que los otros grandes países industriales, dejó sin trabajo a cientos de miles de obreros y dificultó el comercio exterior. Japón no podía permitirse, como Estados Unidos o como Francia, el lujo de la autarquía, porque no contaba con materias primas suficientes para sostenerse por sí solo, ni siquiera en condiciones de precariedad.

Aquellos setenta millones de pobladores no podían sostenerse sino mediante el intercambio de productos alimenticios por productos manufacturados; y de no ser esto posible, no quedaba otra eventualidad que el hambre y la muerte.

De aquí que la depresión moviese, por instinto vital de conservación, el viejo espíritu expansionista de los japoneses. Se soñaba de nuevo con Manchuria, sus ricas minas y sus amplias llanuras escasas de población, con las riquezas de la China, de Malaca, de las Indias Orientales holandesas, en suma, con el estaño, el arroz, el petróleo, el mijo, la soya, materias primas que llevarse a la boca o a las fábricas.

"Exigimos —dijo, ya en 1934 el embajador japonés en París— que se reconozca nuestro derecho a asegurar la vida de nuestra población. Si el mundo occidental decide cerrar el comercio exterior, no ya sus propios territorios metropolitanos, sino hasta sus posesiones ultramarinas, la medida será un atentado al bien común y preparará necesariamente el estallido de un conflicto".

Ya en 1931 se hizo patente e inevitable la política expansionista. En el verano de aquel año, terroristas chinos desencadenaron un atentado contra el ferrocarril de

Manchuria, dependiente de una compañía japonesa. Los nacionalistas de Tokio exigieron una acción inmediata y tropas niponas se alinearon a lo largo de la vía férrea, en plan de protección. Luego, el 19 de septiembre, y sin contar con la autorización de su propio Gobierno, se apoderaron de Mukden. La ocupación de Manchuria entera era ya un hecho, y a Tokio no le cabía sino confirmarlo y respaldarlo diplomáticamente. Ante todas las reclamaciones, contestaron los japoneses alegando que se trataba de una medida defensiva, encaminada a proteger sus intereses en Manchuria contra la anarquía y el bandolerismo. China decidió entonces llevar el asunto a la Sociedad de Naciones, donde, en general, encontró el apoyo de las naciones occidentales, aunque sin excesivo deseo de nadie de buscarse compromisos. El organismo internacional designó al fin una comisión formada por delegados de cinco países, bajo la presidencia de un británico, lord Lytton. Aquella comisión se trasladó a Manchuria, donde investigó los hechos por espacio de seis meses, para facilitar al fin un informe en que, sin acusar directamente a los japoneses de agresores, se hacía constar que habían obrado unilateralmente, y recomendaba la conveniencia de su retirada de Manchuria, excepto de las márgenes de la línea ferroviaria, donde podría continuar su plan de prolección. Esta fue la base de las conclusiones de la Asamblea en febrero de 1933, cuando pidió la retirada nipona y el establecimiento en Manchuria de un Gobierno autónomo bajo la soberanía china.

La "japonización" de aquel territorio se operaba rápidamente, lo mismo en el aspecto político que en el económico. La recomendación de la Sociedad de Naciones venía a tropezar, pues, con un hecho consumado.

Resultó fácil a los japoneses hacer hablar a Pu-Yi y a sus colaboradores contra la "absorción china" y defendiendo la "independencia" del nuevo imperio del Manchukuo. Cuando la Asamblea General mantuvo su tesis de retirada japonesa y renuncia del Gobierno títere, el delegado nipón abandonó el salón de sesiones. Automáticamente, Tokio ratificaba el golpe, anunciando su rebroda de la Sociedad de Naciones.

¿Qué hacer?

El mundo occidental, embebido en sus preocupaciones económicas, no tenía ni

tiempo ni humor para ocuparse en arreglar los asuntos en Extremo Oriente; una complicación en aquellos momentos hubiera sido decididamente inoportuna, y era preferible dejar que los japoneses, chinos y manchúes ajustasen las cuentas a su gusto, la coyuntura, por lo tanto, era extraordinariamente favorable a la impunidad de la acción nipona, y Tokio no la desaprovechó. La disputa con China siguió, desde entonces, abocada a una serie de choques que habrían de desembocar en una guerra abierta. Los chinos declararon el boicot a todos los productos japoneses, lo que provocó varias intervenciones "policíacas" de sus vecinos. Hubo un desembarco japonés en Shanghai, en tanto que los incidentes en la frontera manchuriana se transformaban en una invasión en toda la regla, que culminó con la ocupación militar de Pekín y Tsientsin por los del Sol Naciente. Chiang-Kai-Shek comprendió que China, abandonada a su suerte por Occidente, no tenía nada que hacer frente a sus bien organizados rivales, y solicitó una tregua que le dejó con las manos libres a costa de renunciar a Jehol y Manchuria. Quedaba consagrado el expansionismo japonés en Extremo Oriente, y lo que era más grave todavía, acababa de comprobarse que las garantías de la paz, el solemne "protocolo Briand-Kellog" y hasta la Sociedad de Naciones eran perfectamente incapaces de evitar la agresión. El conflicto manchuriano sirvió para demostrar de nuevo, por primera vez desde los tiempos de Versalles, que la paz se encontraba a merced de cualquier accidente.

El armisticio de 1933 no fue suficiente para contentar a los japoneses, decididos desde entonces, en vista de los buenos resultados de su audacia, a reforzar el alcance de su política expansionista. En 1934 denunciaron los "acuerdos navales" internacionales como atentatorios o los intereses japoneses, y comenzaron un amplio programa de rearme, con vistas a igualar la potencialidad naval de Estados Unidos y Gran Bretaña. Un año más tarde, nuevos incidentes en la frontera manchú dieron pie a los japoneses para invadir las provincias chinas de Chakar y Hopei, y a exigir al Gobierno de Chiang-Kai-Shek a remover a los gobernadores de Pekín y Tsientsin, que por lo visto abrigaban "designios antijaponeses", por otras personas más de acuerdo con la política de Tokio. Las humillantes exigencias japonesas desataron una corriente de nacionalismo chino, que tuvo la vir-

tud de cerrar filas en torno a Chiang en un grado como hasta entonces no se recordaba. hasta los comunistas fieles a Mao Tse-lung, empujados hacia las fronteras de Moncolia, llegaron a un acuerdo con el jefe nacionalista sobre la base de un "frente común" contra el imperialismo japonés. En 1936, podía considerarse desaparecida la discordia interior en China, y Chiang Kai-Shek se aprestaba a arreglar las cuentas con sus vecinos insulares en su propio lenguaje. En julio de 1937 se produjeron nuevos incidentes en la frontera manchó, y Tokio envió un ultimátum fulminante, al que los chinos prefirieron no contestar, esperando filosóficamente el desenlace de los acontecimientos.

Así comenzó la segunda guerra chino-japonesa, que puede considerarse, en puridad, el primer capítulo de la Segunda Guerra Mundial, con la que habría de enlazar, sin solución de continuidad, dos años más tarde.

Todo el mundo sabía que la subida de Hitler al poder significaba un poderoso recrudescimiento del nacionalismo alemán, nacionalismo que ya desde los primeros momentos de la post-guerra venía asociado a la idea del desquite y "la revisión del Dictado de Versalles". Sobre las intenciones expansionistas de Hitler no cabía la menor duda, puesto que bastaba leer su "Mein Kampf", en cuyas páginas se dejaba entrever una y otra vez el sueño de una Alemania no sólo poderosa, sino dominadora y hasta tal vez, de acuerdo con una insinuación vertida en las últimas páginas, "señora del mundo". El verdadero alcance de las intenciones hitlerianas era todo un misterio, pues la vaguedad de las afirmaciones y formulaciones permitía las interpretaciones más diversas, y lo mismo podía tratarse de una "figura retórica" o poco más, que de un auténtico plan imperialista. Consecuente con esta vaguedad inicial, la actitud de las potencias europeas ante el advenimiento de Hitler fue expectante, pero vaga también. De momento, ningún factor nuevo venía a alterar la dinámica de las relaciones internacionales, y sólo el tiempo habría de definir los pasos aconsejables en el futuro. Lo único que puede apreciarse en el lenguaje de las Cancillerías es una cierta tendencia a hablar de la "seguridad colectiva". Estos términos se fueron consagrando progresivamente co-

mo un tópico de la expresión diplomática, y con una insistencia similar a la que en otro tiempo había consagrado el tópico de "concierto europeo". Se hablaba de la "seguridad colectiva", aunque no se precisaba por qué ni contra qué peligro era preciso garantizarla.

En la visita que el Primer Ministro inglés, MacDonald, hizo a Italia en marzo de 1933, Mussolini hizo pública su idea sobre la conveniencia de un directorio europeo, constituido por las más grandes potencias del Continente. Concretamente, el designio del Duce era la firma de un "pacto a cuatro" entre Gran Bretaña, Francia, Italia y Alemania. La idea, si por un lado no era grata a todos —como no fuera a la propia Italia— no podía menos de ser secundada por las otras tres partes aludidas, so pena de dar la impresión de escaso interés hacia la causa de la paz... y de aparecer en el mapa diplomático como una de las cuatro "grandes potencias".

Francia fue la más remolona, temiendo; y con razón, que el establecimiento de un directorio iba a perjudicar sus relaciones con las pequeñas potencias de la Europa central y oriental; pero al fin se decidió a seguir el camino señalado por Mussolini. En julio de 1933 se firmó solemnemente el "pacto de los cuatro", sobre la base de volver al espíritu de los años veinte y el respeto a los compromisos derivados del "Tratado de Locarno", el "protocolo Briand-Kellogg" y la "carta de la Sociedad de Naciones". Con esta última alusión se quería tender un puente de cordialidad al organismo internacional, cuyo papel, ciertamente, no quedaba muy bien parado, cuando se veía necesaria la constitución de un sistema tan poco afín a una mesa redonda de las naciones como un directorio.

En realidad, el "pacto de los cuatro" fue poco más que un papel mojado. Por una parte, los países medianos o pequeños lo vieron con desconfianza, y las potencias, Francia especialmente, se apresuraron a tranquilizarles; el pacto amenazaba así convertirse en una vaga declaración de principios, pero sin que la idea del directorio fuera realmente operativa, como había soñado Mussolini. Por otra parte, la desconfianza de Francia e Italia hacia las intenciones de Hitler fue inmediata, y hasta puede decirse, en cierto modo, que se adelantó a aquéllas; Daladier recelaba del

revanchismo germano sobre Alsacia-Lore* na o la remilitarización de Renania; Mussolini, de la idea, ya de antiguo propalada por la propaganda nazi, del Anschluss o unión entre Alemania y Austria.

La intransigencia francesa se hizo patente en la Conferencia de Desarme, en la que se negó una y otra vez a Alemania todo trato de paridad, dando cierta razón a los alegatos de Hitler, según los cuales lo que pretendía la Conferencia no era el desarme del mundo, sino únicamente el de Alemania. En octubre de 1933, apenas a los tres meses del pacto de los cuatro, los alemanes se retiraron indignados de la Conferencia, y casi de inmediato Hitler sorprendió a todos anunciando que el Reich se retiraba también de la Sociedad de Naciones. Meses antes se habían retirado los japoneses. Otras dos grandes potencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, permanecían al margen de la Organización: ¿había motivos para escandalizarse? Los había, en cambio, para pensar que a la Sociedad de Naciones no le aguardaba una larga vida.

Después de aquel golpe escenográfico de Hitler, podía asegurarse sin temor que del pacto de los cuatro ya no quedaba más que el recuerdo. Cada cual trató desde aquel momento de seguir su propia política internacional, marcha en la cual los tres eventuales enemigos del Reich —Francia, Gran Bretaña e Italia— seguían políticas distintas, pero tendientes siempre a dejar la puerta abierta para un acuerdo mutuo en aras de la "seguridad colectiva".

La política francesa fue, desde luego, la más activa y la más tendiente a precipitar un cambio de la coyuntura internacional. Un acuerdo germano-polaco, firmado en enero de 1934, suscitó un espectacular grito de alerta en París: ¡estaba a punto de romperse lo poco que quedaba de la Pequeña Entente, y con ella el previsto cerco del Reich!

En realidad, el Tratado que habían firmado Hitler y el ministro polaco, Beck, no era más que un inicio de cordialidad entre las dos potencias enfrentadas hasta entonces por querellas territoriales; era un propósito de guardar las formas de la buena vecindad y de arreglar los asuntos pendientes por métodos legales y garantizados por acuerdos mutuos. Pero para Francia representaba aquel acercamiento el peligro de perder su "amistad polaca", y, por consiguiente, un vital contrapeso en el Este, en el caso de una guerra con Alemania.

El ministro francés de Asuntos Exteriores Barthou, destacadamente antialemán y dotado de una visión realista y práctica como tal vez nadie había tenido en el "Quai d'Orsay" desde los tiempos de Briand, fue el artífice del nuevo cerco contra el Reich; durante los meses centrales de 1934, hizo todos los esfuerzos posibles para reconstruir el ya ruinoso sistema de la Pequeña Entente, afianzando las relaciones con Yugoslavia, Checoslovaquia y la Unión Soviética, que en Moscú, como en Polonia, y tentado un acercamiento a la segunda pudo comprobarse, también se deseaba. Dirigía entonces la política exterior rusa Máximo Litvinov, un viejo bolchevique cosmopolita, casado con una dama inglesa y muy relacionado con el mundo occidental por vínculos de educación y de cultura. El propio Staïin deseaba la vinculación de la Unión Soviética a la vida internacional, y el manejo del expediente de una entente tácita para conjurar el peligro germano le valió abundantes simpatías en distintos rincones del Continente, y sobre todo en Francia.

En septiembre de 1934, con el patrocinio francés, Rusia ingresó en la Sociedad de Naciones, y, a juzgar por las palabras de Litvinov, en un plan francamente colaboracionista. El camino de una alianza formal entre franceses y soviéticos estaba ya abierta. Barthou murió presa de su propia política, asesinado en Marsella, en octubre de 1934 cuando trataba de proteger a su propio huésped, el rey Alejandro II de Yugoslavia, de los disparos de un terrorista. El doble magnicidio fue un traspie y un retroceso en el camino, pero Francia, aún sin Barthou, no iba a renunciar a él. Pierre Laval, el nuevo ministro francés de Asuntos Exteriores, hombre de derecha y desprovisto de ínfulas antigermanas, se encontró con un cauce ya trazado, y no tuvo más remedio que seguirlo. En mayo de 1935 llegara la firma del pacto franco-soviético, previsto ya desde casi un año antes. Con el Francia iniciaba una amistad que pronto iba a patentizarse en el régimen del frente popular, pero cuyos alcances tenían un significado mundial de la más alta resonancia.

Era la resurrección de la vieja Entente bipolar. Si Alemania se decidía a la guerra, tendría que resignarse, como en 1914 a luchar en dos frentes.

Casi al mismo tiempo que en Marsella era asesinado Alejandro II de Yugoslavia,

otro importante magnicidio se produjo en Viena: el del nuevo canciller, Dollfuss. También Austria había comenzado a vivir la experiencia de los Estados totalitarios, o al menos tal era lo que cabía esperar de Engelbert Dollfuss, amigo personal de Mussolini y decidido partidario de los regímenes de autoridad. Había concentrado en sus manos diversas carteras ministeriales, y, en nombre de las medidas de excepción que aconsejaba el caos económico del país, estaba decidido a agarrar la vida parlamentaria y a imponer una dictadura de reformas y realizaciones. Dollfuss era tan nacionalista como podía serlo Hitler, pero por eso mismo el Führer veía en él el peligro de un nacionalismo meramente austriaco, que diese para siempre al traste con el proyecto del Anschluss. De aquí que los nacionalsocialistas hitlerianos, que ya contaban con elementos simpatizantes en Austria, promoviesen continuas agitaciones contra el nuevo canciller de Viena, que culminaron con su asesinato en el verano de 1934.

Hitler negó siempre toda participación de sus agentes en el hecho, o que pensase en valerse de él para integrar a la fuerza a Austria en el "Gross-Deutschland"; pero sus presuntos enemigos, particularmente franceses e italianos, no pudieron menos que ver aquel suceso con la natural alarma, y temer que de un momento a otro las fuerzas del Reich alemán penetrasen en el territorio austriaco. Francia e Italia, aunque no les unía ningún otro interés común —mucho menos cualquier motivo ideológico— estrecharon filas y vigilaron los movimientos de Hitler. Mussolini, para mayor seguridad, envió tropas a la frontera del Brennero. El 7 de enero de 1935 Laval visitaba en Poma a Mussolini y estampaba su firma en un pacto franco-italiano. Las bases del acuerdo eran la garantía de la común seguridad de ambas potencias, el mantenimiento de la independencia de Austria y el arreglo de diferencias territoriales en las posesiones africanas. El cerco general antigermánico —cuando el potencial militar de Alemania era todavía muy inferior al de cualquier potencia mundial— estaba ya completado.

Hitler no se amilanó ante el giro de los acontecimientos. Redobló la propaganda y procedió, al principio furtivamente, luego ya en forma pública y descarada, al rearme de Alemania. En enero de 1935, casi al mismo tiempo que Laval y Mussolini firma-

ban su pacto antigermánico, se celebraba el plebiscito previsto en el Tratado de Versalles sobre el destino del Sarre, después de 15 años de explotación por los franceses. El resultado no pudo ser más halagador para los alemanes: 90 por ciento de los habitantes de aquella rica cuenca carbonífera votaron su incorporación al Reich. La verdad era que los franceses habían equivocado la táctica; tal vez pensando en el resultado adverso del plebiscito, se habían ocupado mucho más en exprimir la producción de aquel territorio que de ganarse las simpatías de sus pobladores. Por otra parte, el prestigio de Hitler entre todos los germanos era por entonces inmenso, y más que en ninguna parte, tal vez, en los territorios irredentos.

La incorporación del Sarre —por métodos indiscutiblemente legítimos— fue un gran triunfo moral para el Führer, que éste se dispuso a explotar hasta el máximo. Intensificó la propaganda y la dirigió sobre todo hacia las minorías alemanas residentes en el exterior: los sudetes de Bohemia, los silesianos absorbidos por Polonia o los prusianos de Dantzig o Memel.

El 9 de marzo de 1935 anunciaba solemnemente un plan para la creación de la Luftwaffe, una poderosa fuerza aérea capaz de defender adecuadamente el prestigio del Reich. La respuesta francesa fue inmediata: el 15 de marzo la Asamblea Nacional de París aprobaba la extensión del Servicio Militar a dos años. Siguió a su vez una fulminante reacción alemana; un día más tarde, 16 de marzo, Hitler denunciaba enfáticamente los Tratados de Versalles como anticuados y producto de una imposición intolerable, proclamaba el servicio militar obligatorio en Alemania y anunciaba el propósito del Reich de rearmarse en tanto las demás potencias no decidieran un desarme general.

Los acontecimientos se precipitaron dramáticamente.

¿Qué iba a suceder? ¿Se atrevería Alemania a iniciar, contra todos, una política de revisión de Versalles? ¿Iban a permitirselo las demás potencias?

Tales eran las preguntas que se formulaba la opinión pública mundial, en tanto que las cancillerías trabajaban febrilmente tanteando actitudes y fijando posturas. En abril, Mussolini, fiel a su consigna de actuar de anfitrión, invitó a una reunión en la ciudad de Stresa, a orillas del lago Ma-

yor —a pocos kilómetros de Locarno— a los ministros de Gran Bretaña y Francia. Allí conferenciaron además del Duce, hombres como Flandin, Laval, MacDonald y Jonnimon. De allí salió un acuerdo entre las tres potencias para seguir una política común en orden a la garantía de la paz internacional. Era toda una advertencia a Alemania, que venía a sustituir el sistema de directorio de los cuatro, Alemania incluida, por el de los tres, que ya no sólo no contaba con ella, sino que se estipulaba potencialmente contra ella.

La combinación del Frente de Stresa, como muy pronto se le llamó, con el pacto franco-ruso., recordaba un tanto el complejo aliado previo a la Primera Guerra Mundial, con la Dúplice y la Triple Entente. Pero con la diferencia de que ahora Alemania no tenía consigo al Imperio austriaco ni a otra potencia amiga dispuesta a echarle una mano. En el verano de 1935, las posibilidades de que Alemania mantuviese sus reivindicaciones territoriales o pidiese provocar con esperanzas de éxito cualquier conflicto internacional, diplomático o bélico, parecían ser francamente nulas.

La preocupación italiana ante la posibilidad de un Anschluss que permitiera a los alemanes asomarse a los pasos del Tirolo había aconsejado a Mussolini hacer causa común con franceses y británicos —e indirectamente con los soviéticos— para anular todo intento de expansión germana. Pero Italia también tenía sus ansias expansionistas. "Nosotros tenemos algo más que hacer que mantener la guardia en el Brennero", advirtió el Duce en un discurso. La propaganda fascista hablaba del dominio de los mares, de conquistas gloriosas, y repetía significativamente la palabra Impero. La era fascista —vigente en los calendarios italianos y que tomaba como base la fecha de la marcha sobre Roma— venía a ser la era de un Imperio romano remozado.

Mussolini creyó que la ocasión era buena para que Italia comenzase a hacer valer sus reivindicaciones imperiales. El pacto del 7 de enero con Francia y su contribución decisiva al Frente de Stresa bien merecían que las potencias coloniales le consintieran algún escaqueo conquistador en Africa. La vista de los italianos estaba fija en Abisinia, aquel decrepito imperio del León de Judá que en 1896 había cortado en Adua las nacientes ínfulas colonialistas de la monarquía de Saboya. La con-

quista de Etiopía serviría para sacarse aquella humillante espina, y, de paso, para proporcionar a Italia una amplia posesión colonial. Se trataba menos de conseguir un interesante mercado o una zona de expansión demográfica que de poder exhibir la realidad geográfica de un Imperio y adquirir prestigio de gran potencia. El camino parecía abierto. Ya en 1915, Gran Bretaña había consentido que Italia compartiese con ella la zona de influencia económica en Etiopía, y desde entonces podía alegarse intereses concretos. En la entrevista del 7 de enero Mussolini había dejado entrever a Laval sus intenciones, sin que el ministro francés opusiese ninguna objeción. El apoyo diplomático a Francia e Inglaterra bien merecía una forma de pago consistente en una actitud benévola ante la aventura que Italia se disponía a emprender.

En esta convicción, Mussolini creyó encontrarse con las manos libres. Aprovechó hábilmente unos incidentes fronterizos, y el 3 de octubre de 1935 declaró la guerra al Imperio de Etiopía. Era la primera guerra propiamente dicha en que se entrometía una gran potencia, desde el conflicto de 1914-1918, aunque fuese la segunda agresión, contando con la acción japonesa en Manchuria en 1931. La noticia cayó como una bomba, y la conmoción general fue, desde luego, mucho más violenta que la desencadenada por la crisis de Extremo Oriente cuatro años antes. Contra, lo que Mussolini esperaba, Francia mostró su disgusto y Gran Bretaña mostró una actitud airada. Si a los políticos de París no les convencía la idea de una Italia potencia colonial, los británicos tenían intereses concretos. La presencia italiana en Etiopía podía ser un estorbo en el camino de la India, y hasta una amenaza para Egipto, puesto que suponía el control de las fuentes del Nilo. El secretario del Foreign Office, Hoare, declaró que Inglaterra no podía permanecer indiferente ante la agresión italiana a un país amigo, y el Gobierno de Londres trasladó al Mediterráneo una división de la Home Fleet. La tensión internacional subió por grados hasta niveles que no había alcanzado en toda la post-guerra.

¿Impedirán los ingleses el paso de los contingentes italianos por Suez?

En tal caso, la situación del Duce se habría hecho comprometidísima, constreñido a valerse únicamente de los efectivos con que ya contaba en las dos pequeñas pose-

siones italianas de Africa Oriental, Eritrea y Somalía, pero sin poder enviar refuerzos y aprovisionamientos desde la metrópoli. Los ingleses, sin embargo, no se atrevieron a dar este paso, y respetaron el acuerdo internacional de 1888, que permitía el paso por Suez de toda clase de buques, lo mismo en tiempos de paz que en tiempos de guerra. Intentarían frenar a Italia por métodos estrictamente legales y diplomáticos, recurriendo a la Sociedad de Naciones.

Apenas una semana después de comenzada la guerra, el 11 de octubre, el Consejo del organismo internacional declaraba a Italia "país agresor", y recomendaba la adopción de sanciones por parte de todos los países miembros. El asunto pasó a la Asamblea General, que se pasó discutiéndolo hasta el 18 de noviembre. Los países signatarios se comprometieron a no vender a Italia armas o materiales estratégicos, y a suspender el suministro de carburantes. Se prohibía también toda ayuda financiera, concesión de créditos, etc. Si la organización mundial comprendiese realmente a todos los países del globo, la adopción de medidas contra Italia hubiese surtido efectos reales; pero había que tener en cuenta la ausencia de numerosas naciones, entre las que se contaban grandes potencias como los Estados Unidos, Alemania y Japón. Fueron los alemanes quienes más interesadamente desoyeron las recomendaciones de la Asamblea. Hitler vio de pronto una brecha abierta en el Frente de Stresa y, con sentido oportunista, se coló por ella como una flecha; proporcionó armas y productos de todas clases a los italianos, hasta convencer a Mussolini de que era su mejor amigo. La afinidad ideológica entre los dos regímenes totalitarios hizo todo lo demás, y no tardó en estrecharse la vinculación entre Roma y Berlín, a despecho de los intereses contrapuestos de una y otra potencia en Austria.

Por su parte, la condena de Italia y las sanciones operaron efectos contrapuestos a los que se perseguían. Mussolini robusteció su posición moral ante la conciencia de sus compatriotas, y la propaganda fascista no se recataba en destacar el farisaico escándalo de dos potencias colonialistas, poseedoras de casi un tercio del planeta, ante las reivindicaciones colonialistas de otra nación con la que hasta el momento no se habían cometido más que injusticias. Probablemente, nunca la población estuvo más unida en torno al Duce como durante la

guerra de Abisinia. Quizá pensando en esta realidad, los ministros de Asuntos Exteriores de Francia e Inglaterra, Laval y Hoare, respectivamente, se pusieron de acuerdo a comienzos de 1935 para proponer un plan entre etíopes e italianos; la base consistía en una mutua cesión de territorios pero con enorme ventaja para Italia, puesto que ésta adquiriría aproximadamente los dos tercios de Abisinia, y, en cambio, sólo cedía una estrecha franja en Eritrea, propuesta que el emperador de Etiopía, Haile Selassie, rechazó indignado, y que provocó una oleada de comentarios en toda Europa, de los cuales resultó la dimisión de Hoare, sustituido en el Foreign Office por un diplomático joven y elegante que empezaba por entonces a despuntar: Anthony Eden.

Lo importante de la propuesta anglo-francesa no era el que fuese aceptada o no como forma de poner fin a la lucha, sino el reconocimiento por parte de ambas potencias de la inutilidad de oponerse a las pretensiones italianas. Mussolini ya podía llevar adelante sus planes con entera tranquilidad.

Entretanto, las operaciones militares se desarrollaban en el escenario etíope más lentamente de lo que el optimismo italiano había supuesto: más que por la eficacia defensiva de las tropas del León de Judá o por obra del armamento británico de que a toda prisa estaban siendo provistas, por culpa de las dificultades del terreno y del clima. Los italianos contaban en Eritrea con unos 200.000 hombres y abundante material en artillería, tanques y aviación; pero no era fácil organizar una guerra convencional en un país tropical y montañoso en extremo. Hasta fines de año, los avances italianos fueron limitados y amenazaron estrellarse contra la ciudad de Adua, de fatídicos recuerdos, de aquí la actitud firme de Haile Selassie, el Negus, dispuesto a rechazar todo asomo de componenda. Pero una vez rota la línea defensiva del norte, todo el frente se derrumbó. Entonces se vio la defectuosa organización del ejército italiano, más numeroso que eficaz, y la división del país, cuyos rases o gobernadores, actuando cada cual por su cuenta, hacían de improvisados generales sin el menor sentido de la coordinación.

El 5 de mayo de 1936, las tropas italianas del general Badooglio entraban en Addis Abeba, en tanto que el Negus corría a buscar refugio entre sus amigos los británicos.

"Anuncio al pueblo y al mundo, gritaba horas más tarde Mussolini desde el Palacio Venezia, que ha llegado la paz, una paz romana". Días más tarde, Víctor Manuel III era proclamado emperador de Abisinia.

La guerra de Abisinia significó bastante más que la conquista de aquel legendario imperio africano por Italia, o el prestigio de Mussolini en el mundo. Fue, sobre todo, la ruptura del régimen fascista con Francia e Inglaterra, y su acercamiento a Alemania. Un mes después de terminada la guerra, asumía la cartera de Asuntos Exteriores el yerno de Mussolini, el conde Gano, joven inteligente y audaz, partidario de la vinculación italo-alemana.

Por entonces pronunció el Duce un discurso en el que afirmaba que "el eje de Europa pasa por Roma y Berlín". La idea del Eje hizo fortuna, y las autoridades de uno y otro país totalitario se complacían en reoír el término. El Eje, aunque no se basaba en ningún pacto expreso, venía a ser la solidaridad entre Alemania e Italia, el Führer y el Duce. Nuevo sistema que, aparte de romper el aislamiento alemán, venía a dar al juego de las alianzas un sentido ideológico muy distinto —y mucho más peligroso— del que hasta entonces habían tenido.

El 17 de julio de 1936, las guarniciones españolas del protectorado del norte de África se levantaron contra el Gobierno republicano de Madrid. Un día más tarde el alzamiento se desplazó a numerosas regiones de la península. Unidades del ejército, secundadas inmediatamente por voluntarios civiles o militantes de la Falange, se pusieron en marcha para derrocar al régimen del Frente Popular, imperante en España, en medio de inaudita anarquía, desde febrero anterior. El Gobierno se vio perdido, y, después de varios días de dudas dramáticas y malas noticias, se decidió a tomar una resolución a la desesperada: armar a las masas obreras de las organizaciones sindicales, socialistas, comunistas y anarquistas. Era poner en marcha la única fuerza capaz de contener el alzamiento, aunque fuese a costa de dos consecuencias terribles: el propio suicidio del Gobierno republicano, entregado desde entonces a extremistas en su mayor parte irresponsables, y el abocamiento lógico a una guerra civil.

Así fue como el movimiento del 18 de julio no triunfó totalmente, pero tampoco fracasó del todo; las fuerzas de uno y otro

bando quedaron desigualmente repartidas sobre la geografía de la península —los nacionales, en general, en las zonas más pobres, y los republicanos en las más ricas, además de la mayor parte del material de guerra, la aviación, la Escuadra y el oro del Banco de España— y no quedaba otra eventualidad que la conquista de una zona por la otra.

La guerra iba a durar cerca de tres años.

La conmoción suscitada en el ambiente internacional por la noticia de esta guerra fue enorme. Al fin y al cabo, los conflictos de Manchuria y de Etiopía no pasaban de ser erupciones periféricas, de las que podía prescindirse sin grave riesgo de que se alterase la seguridad del mundo. Pero España era un país europeo, de larga y gloriosa existencia e historia, excepcionalmente bien situado en el mapa estratégico del Continente, y cuyo destino podía pesar de manera importante en el destino general. Ante la guerra de España cabía cualquier cosa menos la indiferencia; y así fue, en efecto, desde el primer momento. Por si las razones aducidas fueran pocas, la guerra desatada sobre la península tenía un claro matiz ideológico, y aquella circunstancia le proporcionaba una proyección exterior excepcional, cuando acababa de anudarse el "Eje Roma-Berlín" y el Frente Popular, recién instalado en París, se encontraba en plena luna de miel con Moscú.

La transformación del alzamiento en una guerra larga y organizada condujo fatalmente a la internacionalización de las tensiones. Ambos bandos contaban con hombres en abundancia, porque la guerra civil fue popular por una y otra parte; pero el país, sobre todo desde el advenimiento del régimen republicano —en el que se había hecho a un intelectual antimilitarista, Manuel Azaña, ministro de la Guerra— escaseaba en material de guerra, y los recursos disponibles se agotarían en muy pocas semanas. La República se sintió así cogida por su propia maniobra. El Gobierno de Madrid pidió urgentemente a Francia el envío de material militar, abonando la solicitud en la solidaridad de los Frentes Populares de uno y otro país. León Blum, en un gesto más generoso hacia sus amigos que reflexivo, envió aviones y municiones a la España republicana. Mussolini, entonces, se sintió con las manos libres, y pudo enviar, a la recíproca, unos cuantos aviones de transporte a Franco, que se había hecho cargo de las tropas de Marruecos.

Con aquella fuerza aérea fue ya posible organizar el paso del Estrecho y dar al movimiento un impulso decisivo. Tal vez resulte exagerada la tesis de que Blum, sin proponérselo, facilitó el triunfo a Franco pero lo cierto es que la carrera intervencionista se precipitó desde entonces. Rusos y franceses, con una benévola simpatía por parte de los ingleses y americanos, enviaron ayuda a la España republicana, en tanto que Italia y Alemania lo hacían con la España nacional. La aportación francesa fue relativamente considerable mientras Blum se mantuvo en el poder; tras su retirada en 1937, se redujo a envíos oficiosos o al papel intermediario.

Creció, entonces, por lo mismo, la intervención soviética. Stalin, convencido como antes lo habían estado Marx y Lenin de las posibilidades de una España comunista, apadrinó el envío de las brigadas internacionales y multiplicó los aportes de tanques, aviones y material móvil a los republicanos. La consecuencia era fatal e inevitable: la progresiva soviétización del régimen republicano español. Por su parte, Franco respondió mucho menos a las apetencias de Hitler y Mussolini de lo que éstos confiaban. Aceptó sus ofrecimientos tan sólo en cuanto eran indispensables para mantener el equilibrio de fuerzas, pero procurando en todo momento no comprometerse con sus eventuales aliados. Su postura, enemiga siempre de toda intervención extranjera, facilitó en gran manera la postura inhibitoria de las potencias occidentales.

En agosto, y a instancias de Gran Bretaña, se iniciaron contactos diplomáticos entre las Cancillerías de Europa, y con la aquiescencia de la Secretaría de Estado norteamericana, con el fin de aislar el incendio español. Un mes más tarde se constituía el "Comité de No-intervención", residente en Londres e integrado por representantes de Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y la Unión Soviética. Por de pronto se había evitado el riesgo de una conflagración europea; luego, se trataría también de cortar todo apoyo de armas de unos y otros a ambos bandos beligerantes. El Comité no siempre funcionó como era debido, y no pudo, desde luego, poner un dique a los suministros franceses, rusos, alemanes e italianos facilitados a los españoles; tampoco pudo, y esto fue quizá más lamentable, evitar que fuerzas voluntarias pusieran su pie en la península española

para combatir a este o a aquel lado de los divididos españoles; ya fue bastante el haber prohibido toda intervención oficial.

En noviembre de 1936, la guerra parecía ya decidida a favor de los nacionales, que se acercaban a marchas forzadas a los arrabales de Madrid. Fue entonces cuando entraron en acción las "brigadas internacionales", organizadas por el Komintern y constituidas por elementos de los más diversos países, comandados generalmente por oficiales experimentados en la Primera Guerra Mundial. En sus filas figuraban lo mismo comunistas franceses, checos o yugoslavos, que idealistas de la democracia norteamericana o británicos, lo mismo que emigrados italianos, que iban a poder luchar así con las fuerzas enviadas por Mussolini; una pequeña Babel que, sin embargo, resultó militarmente eficaz y detuvo por el momento el avance nacional. Franco, convertido ya en Generalísimo y Jefe del Estado español nacionalista, se vio en inferioridad de fuerzas y tuvo que aceptar el ofrecimiento de un cuerpo de voluntarios italianos, que tres meses después —enero a febrero de 1937— entraban en fuego en la zona de Málaga. Más tarde, el constante envío de aparatos de caza y bombardeo, junto con pilotos e instructores que los soviéticos hacían al Gobierno de Valencia, aconsejó al de Burgos aceptar la "Legión Cóndor", escuadrilla alemana que permitió que Hitler comprobara la elevada eficiencia y eficacia técnica de la Luftwaffe. La guerra de España se convirtió así en un ensayo general de lo que iba a ser muy pronto la Segunda Guerra Mundial.

Los bandos quedaron claramente definidos.

En 1938, una vez comprobado que la intervención extranjera no conducía más que a una situación de empate, el Comité de No-intervención obtuvo un éxito decisivo al conseguir que las distintas potencias —así como las brigadas internacionales— retiraran sus efectivos de España. Quedaban, otra vez, sólo los españoles frente a frente. Y lo mismo que al principio, la balanza de fuerzas volvió a desequilibrarse a favor de Franco. El 1º de abril de 1939 terminaba definitivamente la guerra con la victoria nacional. Los países del Eje habían conseguido un triunfo sólo aparente, y muy pronto iban a comprobar las escasas simpatías de Franco hacia el bando totalitario. Pero su intervención en España no

había sido absolutamente inútil. Cuando menos, habían evitado el prevalecimiento de una España frentepopulista o comunizada, mucho más comprometida con los futuros aliados de lo que Franco lo estaba con los fascismos.

En noviembre de 1937, Hitler comunicó a sus colaboradores cuál era su plan: la unificación de 85 millones de alemanes mediante la incorporación de territorios pertenecientes a Austria, Checoslovaquia y Polonia. Sólo el día en que las fronteras estuviesen definidas sería realidad la "Gross Deutschland", la Gran Alemania capaz de asumir una misión primordial en el mundo. Había que romper con la artificialidad de las fronteras que se oponían a la unidad alemana. La táctica a emplear no iba a ser la de la guerra, pero tampoco —habría de ser muy ingenuo para admitir tal posibilidad— la de la diplomacia pura y simple. Había que manejar los resortes de la propaganda, utilizar a los simpatizantes nazis de aquellos territorios, convencer a los alemanes predentos de que su porvenir y su felicidad dependían de su incorporación al Reich, y, en suma, agitar, preparar el ambiente. Se iba, además, a proceder con orden. De ningún modo convenía presentar todas las reclamaciones juntas. Había que ir primero al objetivo más obvio, el Anschluss, la incorporación de Austria. Luego vendría la de los sudetes del oeste de Checoslovaquia, y más tarde la de los prusianos del pasillo polaco de Dantzig o de la lituana Memel.

El Anschluss era quizá la operación de más envergadura, o, cuando menos, la más espectacular. La posibilidad de la invasión de Austria por Alemania estaba descartada. Ahora bien, quedaban dos problemas fundamentales: uno, el de la aceptación del golpe por parte de los propios austríacos, pues la táctica exigía imperiosamente el que pudiera proporcionarse al mundo una impresión de popularidad, de espontaneidad en el acto de anexión; y otro, el de la aceptación del hecho consumado por las demás potencias. Respecto del primero, la propaganda nacionalsocialista trabajó a los austríacos durante años enteros, y encontró en el país vecino numerosos prosélitos: unos, de orden ideológico —nazis convencidos— otros, partidarios simplemente de la unión con Alemania. No es posible precisar qué proporción de austríacos estaban dispuestos a apoyar el Anschluss o a consen-

tirlo buenamente: todas las versiones que puedan darse al particular, lo mismo las que los colocan en su mayoría que las que les asignan una relación minoritaria se basan en simples conjeturas, pero lo cierto es que los nazis —y sus colegas en Austria— procuraban presentar el movimiento integrador como voz casi unánime de la conciencia austraca, mientras que el Estado de Viena —y más concretamente el canciller, primero Dollfuss, y tras el asesinato de este, Schuschnigg— intentaba crear un nacionalismo austraco capaz de compensar las ansias integracionistas.

En cuanto a la actitud de las potencias extranjeras, era absurdo pensar en nada mientras se mantuviese la intransigencia italiana. Sólo la coyuntura creada por la guerra de Abisinia aconsejó a Mussolini a levantar su guardia en el Brennero y a adoptar una actitud más indiferente —sin serlo del todo— hacia las ambiciones hitlerianas. El Eje Roma-Berlín consagró la nueva situación, y en la entrevista que sostuvieron el ministro del Exterior germano, von Ribbentrop, y Mussolini el 6 de noviembre de 1937, Alemania obtuvo, si no un total visto bueno del Duce al proyecto del Anschluss, sí por lo menos la promesa de que Italia se cruzaría de brazos.

¿Cuál iba a ser la actitud de Francia e Inglaterra?

Nada favorable, por supuesto; pero Hitler estaba seguro de que, con el apoyo de Italia, no tendría que temer una amenaza seria, sobre todo si daba el golpe en circunstancias precisas y propicias. Por de pronto la guerra de España podía servir de pantalla de humo, como elemento de distracción. Por eso le convenía a Hitler precipitar los acontecimientos, a fin de que la intervención alemana en Austria se produjera antes de la victoria definitiva de Franco en España.

El canciller austraco, Schuschnigg, no posea el habil talento de Dollfuss, aunque trataba de seguir muchas de sus tácticas. Celoso de la independencia de su país, fomentaba el desarrollo del Frente Nacional, organización nacionalista no germanista, y buscaba el apoyo extranjero ante la eventualidad de una intervención alemana. Un último recurso caba aun para evitar la integración: la restauración de la Monarquía, admitiendo de nuevo a los Habsburgos. Se crea, cuando menos, que un régimen monárquico, amparado en la legitimidad de

la venerable y secular dinastía, sería una das He f emaSlad.º fuerte P^a las a;aeten- as de la república nazi: consagraña una d s mcon formal de la que ya sería imposible prescindir. Pero la idea de la restauración monárquica halló oposición en la extrema izquierda, que durante mucho tiempo no se dio cuenta de que estaba haciendo el luego a Hitler, y provocó en seguida a protesta de italianos y checos.

Schuschnigg se vio acorralado, en tanto que la propaganda y el activismo nazi crecían en la propia Austria; las autoridades hicieron algunas detenciones, lo que sirvió para aumentar las protestas de los pro-alemanes y crear mártires que robustecían la fuerza moral de los partidarios de la anexión. Cada vez resultaba más fácil que el Anschluss no se producía por la oposición de una pequeña camarilla de interesados, que amordazaban a la conciencia del país. El canciller intentaba dar aliento al Frente Nacional, con lo que colocaba frente a los activistas a otros activistas que aumentaban los desórdenes y la tensión general. En enero de 1938, la policía de Viena descubrió un plan nazi de insurrección, combinado con la entrada de efectivos germanos, procedió a detener a supuestos complicados, y denunció el cariz claramente antiaustriaco de la conjura. La tensión crecía por momentos, y parecía inminente una decisión.

El 12 de febrero de 1938 se celebró en el refugio de Hitler, en Berchtesgaden (Baviera), una entrevista dramática entre el Führer y el canciller Schuschnigg, en la cual, después de varias horas de tenaz discusión, consiguió Hitler arrancar a su antagonista la promesa de que Seys-Inquart, jefe del nazismo austriaco, sería nombrado Ministro del Interior. El partido pasaría de estar prácticamente fuera de la ley a compartir el poder. Pero, una vez de regreso en Viena, Schuschnigg se hizo el desentendido y trató de dar largas al asunto.

¿Sería posible burlar a Hitler?

No, si no se contaba con un decidido apoyo exterior. El canciller austriaco hizo lo posible por atraer la atención del mundo hacia su causa, pero fue poco lo que consiguió. Italia, vendida ya a la alianza germana, aparentó —aunque no lo sentía— la más completa indiferencia; en Gran Bretaña, hacía un mes que Anthony Edén, el joven y enérgico Ministro de Asuntos Exteriores, había sido relevado en el Foreign

Office por el propio jefe del Gobierno, el apaciguador Neville Chamberlain; Francia vivía en aquellos momentos una inoportuna crisis, y carecía de un Gobierno efectivo que pudiera encararse con la situación.

Schuschnigg estaba solo.

El 9 de marzo anunció el canciller austriaco la convocatoria a un referéndum para el día 13, en el que los ciudadanos de la pequeña república habrían de decidir si querían permanecer como país independiente o no. Los nazis protestaron al momento, alegando las condiciones de coacción en que iba a celebrarse el plebiscito, pidieron un aplazamiento y el cumplimiento de las promesas de nombrar a Seys-Inquart como ministro del Interior. El presidente de Austria, Miklas, empujado por las presiones interiores y exteriores, hubo de transigir en uno y otro extremo. Nueva exigencia alemana fue la dimisión de Schuschnigg y la elevación de Seys-Inquart a la Cancillería. Miklas ya no podía llegar a semejante condescendencia, y se negó a confirmar el nombramiento. Las masas nazis llenaban ya las calles de Viena, y se apoderaban de los edificios públicos y de todos los centros oficiales, sin que nadie quisiese o pudiese impedirlo. A última hora de la noche del 11 de marzo, el presidente llamó a Seys-Inquart, que ya era el único que podía detener, encauzándola, aquella marejada. Lo primero que hizo Seys-Inquart fue proclamar el Anschluss —12 de marzo— y llamar a las tropas alemanas. Hitler visitaba días más tarde el nuevo Estado alemán, recibido en todas partes con frenético entusiasmo por sus partidarios. La oposición, como es lógico, se inhibía; tampoco faltó el consabido plebiscito que, organizado ahora bajo presión nazi, dio un resultado categórico para suponer que había sido inteligentemente amañado. Los votos favorables a la integración superaban 99% del total. Hay que suponer que las coacciones, el miedo o la resignación ante lo inevitable, jugaron un papel importante en los comicios.

Hitler había ganado la primera batalla del integracionismo, y la había ganado, además, en la más absoluta impunidad. Las potencias se recriminaron mutua y discretamente su inhibición ante el engrandecimiento de la Alemania hitleriana, pero aceptaron sin protestas formales el hecho consumado. Ahora correspondía iniciar el segundo acto, es decir, la reclamación ante

Checoslovaquia. Hitler dejó pasar unos meses, a fin de que las aguas se aquietasen, hasta plantear de pronto, como solía hacerlo todo, la cuestión de los sudetes.

Eran estos sudetes habitantes de lengua alemana y raza alemana que, en número de unos tres millones y medio, vivían en la zona oeste de Bohemia, sobre la vertiente izquierda del Moldava; ciudades como Teschen, Teplitz, Carlsbad o Pilsen, eran de mayoría alemana, aunque pertenecían, como todo el territorio, a Checoslovaquia. Ricos, cultos, trabajadores, constituían un grupo selecto en el país, aunque eran víctimas del nacionalismo checo, que no sólo les vedaba el acceso a determinados puestos, sino que extremaba con frecuencia las vejaciones. La tensión, por tanto, venía de atrás, y puede decirse que, de todos los alemanes irredentos, fueron los sudetes quienes, por razones obvias, con más afán deseaban la integración con su patria. Su organización nacionalista, el "Sudeten Deutsche Partei", dirigido por Konrad Heinlein, era el alma de la resistencia anticheca, y ya desde 1935, aproximadamente, comenzó a constituir una pesadilla para el Gobierno de Praga, cuyo presidente, Benes, pagaba así los resultados de su exigencia de 1919, cuando en los Tratados de Paz había reclamado insistentemente el "ángulo montañoso del Erz Gebirge y los montes de Bohemia", como antemural de la joven Checoslovaquia, anteponiendo las razones estratégicas al flamante principio de las nacionalidades.

Los incidentes, como decimos, fueron en aumento, hasta que en octubre de 1937, con motivo de ciertos malos tratos infligidos por la policía checa a paisanos sudetes en la zona de Teplitz, el doctor Heinlein inició el movimiento de resistencia masiva y anunció que la minoría alemana no descansaría hasta haber alcanzado la autonomía. El ejemplo del Anschluss, acaecido meses después, robusteció la confianza de los sudetes, que celebraron en abril de 1938 un congreso en Carlsbad, en el que se solicitaba la autonomía política del país y el derecho de los alemanes a administrarse y educarse por sí mismos. Las aspiraciones autonómicas es posible que escondiesen muchas veces propósitos de anexión a Alemania, aunque tampoco se desechaba la idea de un protectorado alemán, respetando la peculiaridad del grupo súde. Por supuesto que Hitler y los nacionalsocialis-

tas no iban a desperdiciar la ocasión de un movimiento que surgía mas espontáneamente que en Austria, y que constituía otro jalón importante en el proceso de unificación del mundo germano.

Ahora bien, la integridad de Checoslovaquia estaba garantizada por sendos pactos que Praga tenía vigentes con Francia y Rusia, y que la inscribían como pieza clave en el eje anti-alemán constituido por París y Moscú. Y aunque Stalin no parecía por entonces dispuesto a una intervención comprometida en los asuntos centroeuropeos, había que contar con la actitud de Francia, y, después, con la británica. Por otra parte, Checoslovaquia era un país de 17 millones de habitantes llenos de espíritu nacionalista y fervorosamente antigermanos, y habría que contar con su resistencia. Aunque el problema de los sudetes pudiera parecer más sencillo que el del Anschluss austriaco, las circunstancias lo hacían infinitamente más arriesado.

La propaganda nazi destacaba las vejaciones de que eran objeto los sudetes, y reclamaba la anexión de su territorio al Reich como resultado de una realidad natural, de un plebiscito viviente que no se podía desoír por más tiempo. "Los sudetes, afirmaba von Ribbentrop, saben que tienen a su lado a un pueblo de setenta y cinco millones de alemanes que no tolerarán más el verlos oprimidos por el Gobierno checo. Y más tarde: "O deja Benes en libertad a los sudetes alemanes, o nos tomaremos nosotros esa libertad".

Benes, por su parte, seguía el camino mas inteligente: entenderse directamente con los sudetes, marginando la intervención alemana. Desde fines de mayo, una comisión gubernamental checa negociaba con el doctor Heinlein, tratando de encontrar un punto de avenencia capaz de contentar a la minoría germana. Pero las conversaciones, lentas e interrumpidas varias veces por las vacilaciones checas y las reticencias de Benes a hacer concesiones formales, vieron llegar el final del verano sin que se hubiera llegado a ningun acuerdo, al contrario, parecía, indudablemente, haber aumentado la desconfianza reciproca.

El 5 de septiembre de 1938, Heinlein decidió cambiar de táctica y fue a Berchtesgaden a ver a Hitler. El Führer le prometió la ayuda alemana, tratando de convencer a su interlocutor de que la solución para la minoría súde no era la obtención de con-

cesiones, ni siquiera la plena autonomía, sino la anexión pura y simple a la comunidad germana, esto es, al Reich. Benes comprendió el peligro y cambió de táctica también; solo dos días más tarde hacia a los sudetes una serie de concesiones autonómicas. Pero ya Heinlein estaba decidido a no entenderse con los checos y a reclamar la incorporación a Alemania. No sólo no hubo arreglo, sino que la situación se endureció en términos dramáticos. La segunda semana de septiembre presencié nuevas y gravísimas violencias en todo el territorio sudeste, en que, una vez más, se puso de manifiesto la falta de tacto de la policía checa, y el feroz nacionalismo que animaba a ambas partes. La ciudad fronteriza de Eger fue particularmente escenario de sangrientos sucesos.

Hitler anunció que se disponía a salvar a sus compatriotas sudetes de la tiranía y barbarie checa; movilizó a sus tropas y las concentró ante la frontera. Francia, que había mantenido hasta entonces una actitud expectante, ordenó también la movilización general y colocó a sus fuerzas en estado de guerra. En Gran Bretaña se decretó estado de alerta, se elevaron globos de defensa antiaérea y hasta se distribuyeron caretas antigás entre la población civil.

¿Iba a comenzar la Segunda Guerra Mundial?

Los acontecimientos se precipitaban de manera tan trágica, que ya nadie, ni siquiera los mismos responsables de la situación, eran capaces de predecir el futuro. Algo era evidente; ni unos ni otros deseaban la guerra. Hitler estimaba que Alemania no estaría en condiciones de enfrentarse a sus probablemente numerosos enemigos hasta 1943. El Estado Mayor General francés informó confidencialmente al Gobierno Daladier que Francia no podía lanzarse en aquellos momentos a una guerra ofensiva, y, por otra parte, una guerra defensiva no serviría para salvar a Checoslovaquia. La táctica de Hitler, a mayor abundamiento, era la del hecho consumado y la apariencia legal, plebiscitaria, de ningún modo preveía el desencadenamiento general de un conflicto.

Ahora bien, ¿era aconsejable volverse atrás? ¿Qué sería del prestigio del Reich? ¿O de la fuerza moral del régimen? Los franceses se veían ante una eventualidad similar. El honor y el prestigio exigían que Francia cumpliera con sus compromisos; ¡pero no a costa de una guerra desastrosa!

Se reproducía la situación de la "jugada de poker" de los últimos días de 1914: ganaría aquel que fuese capaz de arriesgarse el último. ¿Quién iba, al fin, a ceder?

El 15 de septiembre, el primer ministro británico, Chamberlain, hizo, a los setenta años, el primer viaje de su vida por avión para apaciguar a Hitler, armado, como de costumbre, de su famoso paraguas. De la entrevista celebrada aquel mismo día en Berchtesgaden salió el acuerdo entre ambos estadistas de que la tensión sólo podía resolverse mediante la aplicación estricta del principio de las nacionalidades; aquellas zonas donde la población alemana fuese superior al cincuenta por ciento, pasarían a Alemania, en tanto que el resto quedaría para los checos; una comisión internacional se encargaría de fijar la frontera internacional definitiva. La cesión de Chamberlain fue considerada como una debilidad en diversos círculos franceses y británicos, pero al fin no pudo menos de ser aceptada como fórmula para conservar la paz; por otra parte, su justicia objetiva, al menos en abstracto, no ofrecía demasiadas dudas y predisponía a que una opinión más intransigente fuese tachada de belicista. La misma actitud de Benes, y sobre todo la de su ministro Frank, se prestaba, por su rigidez, a ciertas censuras.

Pero la razón moral cambió de campo en la segunda entrevista celebrada entre Hitler y Chamberlain (Godesberg, 22 de septiembre); el Führer, vista la condescendencia de sus presuntos rivales, comprendió la debilidad dialéctica de las democracias británica y francesa: su pacifismo. Y apareció de pronto mucho más intransigente. El, que una semana antes había declarado a Chamberlain que no quería sino la más estricta justicia, y no tenía nada que reclamar a la "Checoslovaquia propiamente dicha" —en el supuesto de que el país sudeste era de Alemania— se mostraba ahora dispuesto a humillar, a neutralizar a Praga. La anexión de los sudetes no resolvía todo el problema: era preciso que los polacos recuperasen Teschen y los húngaros Eslovaquia. Hitler se presentaba así como el campeón del principio de las nacionalidades, sin otro prurito que la destrucción de aquel organismo falso y artificial que era Checoslovaquia.

Era un cambio de rumbo increíble, en un momento en que parecían todos, o les convenía parecer, empeñados en no complicar

más la situación y buscar las soluciones más comprensivas y pacíficas. Hitler saltó escandalosamente de su línea de siempre, que hasta entonces había podido vestirse de cierta justificación. Ya no reclamaba territorios moralmente alemanes, sino que pretendía aparecer como árbitro de un reparto de Checoslovaquia. Por supuesto, polacos y húngaros aplaudieron muy pronto la iniciativa, y no tardarían en mostrarse tan exigentes como los propios alemanes; tal vez, parece la única explicación, el propósito de Hitler era ganárselos: adquirir amigos a costa del debilitamiento de un enemigo. Y concretamente, respecto de los polacos, pagarles por anticipado la entrega del corredor de Dantzig, taparle la boca para cuando llegara la hora de exigirselo.

Con su penúltima jugada, Hitler ya preparaba la última.

Chamberlain quedó sorprendido ante el viraje de su interlocutor y exigió que las conversaciones se mantuviesen sobre los puntos fijados en la entrevista anterior. Nuevos incidentes en la frontera de Eger y la movilización general checa, decretada inoportunamente el 23 de septiembre, le dejaron casi sin aliento y acabaron con toda su firmeza. El premier británico salió de Godesberg sin haber llegado a un acuerdo expreso con Hitler, pero decidido a realizar los máximos esfuerzos en favor de la paz. Entretanto, el Führer conservaba el dominio de sus nervios, dispuesto a llevar hasta el final su partida de póker. Contestó a la movilización checa con el envío de otras cinco divisiones a la frontera, y dispuso para el día 28 la movilización general.

El 27 envió un ultimátum a Checoslovaquia.

Fue entonces cuando intervino, una vez más, Mussolini, el hombre de Locarno y de Stresa. Él dio, en la mañana del 28 de septiembre la idea de una reunión general de urgencia entre los jefes de Gobierno de las cuatro potencias de Occidente: Alemania, Italia, Francia y Gran Bretaña. Cuando se conoció la respuesta afirmativa de las otras tres partes interesadas, pudo decirse que la paz había sido salvada. Al menos por el momento.

El día siguiente, 29 de septiembre, Hitler, Mussolini, Chamberlain y Daladier se reunían en Munich, la ciudad cuna del nacionalsocialismo. De aquella entrevista no

pudo salir más que el triunfo de quien se mostró más seguro de sí mismo. Los alemanes adquirirían pleno derecho a ocupar el territorio de los sudetes, y los checos habrían de evacuarlo en el plazo de diez días. Las disputas sobre Teschen y Eslovaquia se resolverían por negociaciones entre los Gobiernos respectivos, en un plazo de tres meses. De no mediar acuerdo, los cuatro grandes volverían a reunirse al cabo del citado plazo, para decidir sobre la cuestión.

Hitler había vencido, aunque tenía ya en contra a una gran parte de la opinión pública mundial. Era el exigente, el agresor, y no conseguía disimular sus intenciones por razonables que fuesen sus argumentos sobre la aplicación del principio de las nacionalidades. Las otras potencias habían claudicado no ante aquellas razones, sino ante la dramática amenaza de la guerra.

¿Por pacifismo o por temor al poderío alemán?

Era evidente que la capacidad bélica del Reich no era superior en aquel momento a la de sus eventuales adversarios. Tenía, eso sí, una clara superioridad aérea y en tanques, y parece que este factor, más que otros motivos dialécticos, le proporcionó la victoria en la "batalla de Munich". "En Munich, la Luftwaffe, sin disparar un tiro, sin lanzar una sola bomba, con la sola amenaza de su fuerza, ganó para los alemanes, juntos con los Panzer, la primera batalla de la guerra mundial".

El hecho era evidente: se había impuesto la voluntad de Hitler. Pero estaba claro que tal imposición se debía más al espíritu de apaciguamiento de las democracias occidentales, que de un verdadero convencimiento por parte de estas de las razones de Alemania.

Por consiguiente, no era mucho lo que se había avanzado en el camino de la paz; se había resuelto un problema, pero no a gusto de todos, y algo pesaba ya en la conciencia de los políticos franceses y británicos: no se puede continuar por el camino de las concesiones. Chamberlain y Daladier fueron recibidos en Londres y en París como los salvadores de la paz; pero tampoco se libraron de ciertas críticas, sobre todo de las de aquellos que opinaban que ceder ante las demandas de Hitler no significaba apaciguarle, sino al contrario, fomentar su apetito de agresión. Chamber-

lain, puesto a escoger entre el deshonor y la guerra, escogió el deshonor, para encontrarse en seguida con la guerra.

Lo lógico era que Hitler, después de su forzada victoria, hubiese proporcionado un buen descanso a su programa, para permitir un serenamiento de ánimos y el retroceso de la animosidad suscitada contra él; pero lo cierto fue que, embriagado por el olor del triunfo, y deseando mantener su papel de árbitro de Europa —a lo Bismarck pero sin su talento diplomático— quiso dirigir el reparto de Checoslovaquia". Los polacos reclamaron en seguida el territorio de Teschen, y Praga, intimada por un ultimátum, hubo de ceder. Benes, deshecho por tanta catástrofe, presentó por aquellos días su dimisión. Pronto, con apoyo alemán e italiano, los húngaros reclamaron y consiguieron un territorio de 12.000 kilómetros cuadrados, con cerca de un millón de habitantes. Y el partido independiente eslovaco que desde años antes se había retirado desde el Parlamento de Praga, aprovechó la ocasión para reclamar y proclamar a Eslovaquia independiente.

En total, Checoslovaquia perdía un tercio de su extensión y de su población.

La actitud de Praga, donde gobernaban ahora el Presidente Hacha y el primer ministro Beran, fue vacilante. Veían en los acuerdos de Munich una traición, especialmente por parte de su aliada Francia, y sabían que no se podía contar con un apoyo exterior seguro.

Pero también conocían los checos que las potencias occidentales no estaban dispuestas a seguir la táctica de las concesiones, y cualquier otro incidente podía hacerlas cambiar de postura dialéctica. Hacha cedió en el otoño de 1938 (había sido elegido el 30 de noviembre de 1938); pero en la primavera siguiente, cuando los eslovacos, dirigidos por monseñor Tisso, quisieron cambiar la autonomía por la independencia absoluta, Hacha se opuso terminantemente; la situación volvió a hacerse grave, puesto que Tisso se sentía respaldado por los alemanes y por el entusiasmo patriótico de sus paisanos, en tanto que Hacha tenía esperanzas de no salir perdiendo en caso de un "nuevo Munich". El 9 de marzo de 1939, el presidente checo destituyó teóricamente a Tisso y ordenó a las tropas intervenir en Eslovaquia; era, en realidad, la guerra civil.

En tal coyuntura, Hitler convocó a las partes interesadas a una conferencia en

Berlín —15 de marzo— y en ella expuso la imperiosa necesidad de que la disputa fuera zanjada inmediatamente mediante la intervención de las fuerzas alemanas como garantía del orden. Checoslovaquia fue ocupada y convertida en protectorado de Bohemia y Moravia, con una cierta autonomía, pero convertida ya en Estado satélite del Reich; Eslovaquia, dirigida por monseñor Tisso, alcanzó la plena independencia como país aliado. Fue el golpe que acabó con la paciencia británica. Chamberlain, el imperturbable gentleman del paraguas, se había fiado hasta entonces en la caballerosidad de Hitler. El espolio de Checoslovaquia vino a desengañarlo totalmente, máxime que el hecho ya no podía justificarse por razón de reivindicación alguna. Aquello iba mucho más lejos que el programa de la sagrada unidad del pueblo alemán. Era sencillamente, el inicio de un imperalismo continental.

El problema checo había excitado ya los ánimos, y era difícil que en el futuro Hitler encontrara fáciles los caminos de expansión. Aún así, no cejó en su política de reivindicaciones sobre territorios alemanes perdidos. Días después de la ocupación de Bohemia y Moravia reclamó a los lituanos la ciudad de Memel, arrebatada por los Tratados de 1919, y, naturalmente, consiguió sus objetivos.

Por aquellos mismos días comenzaba a plantearse la cuestión de Dantzig frente a los intereses polacos, aunque en esta ocasión, seguro de las dificultades que presentaba el caso, Hitler comenzó cauto, y sólo poco a poco, en un lento giro de seis meses, fue descorriendo la cortina que ocultaba su verdadera aspiración. Dantzig era una ciudad de 300.000 habitantes, todos ellos alemanes, que había sido declarada internacional por los Tratados de 1919, para que por su puerto pudieran negociar libremente los polacos. Su hinterland limitaba con Polonia por el sur y por el oeste; por el este, con Prusia Oriental.

Desde las elecciones de 1938, el partido nacionalsocialista, con su gauleiter Förster al frente, tenía el dominio político de la ciudad, con la lógica consecuencia de su afán de anexión al Reich y los choques con la administración polaca, que tenía el control de las aduanas, el correo y buena parte de los servicios interiores de Dantzig. Para Förster, el estatuto vigente era una intolerable intromisión de los polacos en la vida de una ciudad alemana que quería

pertenecer a Alemania. Ya en enero de 1939, Hitler habría declarado al ministro polaco Beck, que no veía otra solución que la incorporación de Dantzig al Reich, de acuerdo con el deseo de sus propios habitantes. Polonia nada habría de perder con ello, puesto que los intereses polacos en su puerto serían mantenidos íntegramente. Desde entonces, la tensión se hizo clara en un nuevo foco: no quizás el más grave intrínsecamente, pero sí aquel que, por incordias acumuladas desde tiempo atrás, iba a conducir a la guerra.

En abril de 1939, ya concluido por completo el asunto checo, Hitler dio un nuevo paso en sus reclamaciones a Polonia. No se trataba ya solamente de pedir la incorporación de Dantzig, sino de unir a las dos Prusias. Ciertamente que los alemanes presentaban una oferta sensiblemente modesta y razonable: no reclamaban la anexión del corredor polaco, zona que iba de Poznanía al golfo de Gdynia, habitada por millón y medio de alemanes, sino únicamente un corredor dentro del corredor; una franja de treinta metros de ancho, dotada de derechos extraterritoriales, sobre la cual los alemanes pudieran construir una autopista y una línea férrea, que pusiera en comunicación los dos trozos separados de su patria. Pero Polonia, sostenida por las potencias occidentales, y, según se decía entonces, también por Rusia, se mantuvo inflexible. Ya Beck había rechazado toda idea de nacionalizar a Dantzig, y ahora estaba mucho menos dispuesto a transigir lo más mínimo sobre el corredor.

Fue así como la propuesta quizá más lógica que había hecho Hitler a lo largo de toda su campaña de reclamaciones, tropezó con una rotunda negativa. Chamberlain, desengañado definitivamente de las intenciones germanas, no estaba dispuesto a transigir ante nuevas iniciativas del Führer, por razonables que pareciesen; y otro tanto puede decirse de Daladier. La campaña de prensa desatada en Francia e Inglaterra, pero sobre todo en este último país, contra la perfidia alemana, envenenaba la situación, y no dejaba lugar a dudas sobre cuál era la actitud dominante en aquellos países. El 27 de abril se decretaba en Gran Bretaña el servicio militar obligatorio, medida que no se había tomado ni en vísperas de la Primera Guerra Mundial, en tanto que los franceses daban nuevo impulso a su reame, y los alemanes trataban de imponer respeto a sus presun-

no*desapareció desde aquella sombría primavera.

Unos y otros trataban de ganar posibles aliados. Se robusteció el Eje Roma-Berlín, con la firma del llamado Pacto de Acero entre el Führer y el Duce, en tanto que los alemanes trataban de robustecer sus relaciones amistosas con Japón. Por su parte, Chamberlain declaró el 31 de marzo que Gran Bretaña, de acuerdo con Francia, prestaría toda la ayuda posible a los polacos en caso de que fueran atacados. El 13 de abril, las potencias occidentales dieron las mismas seguridades a Grecia y Rumanía, para contener el expansionismo italiano, que ya había dado señales de vida, nuevamente, con la súbita incorporación al imperio de Víctor Manuel del pequeño territorio de Albania. Y el 12 de mayo se hizo público un pacto de ayuda mutua entre Gran Bretaña y Turquía. Con todo, a los presuntos aliados les faltaban los dos apoyos más decisivos, aquellos cuya presencia se juzgaba indispensable para ganar una guerra: Estados Unidos y la Unión Soviética. Gran parte de los esfuerzos de la diplomacia anglo-francesa se encaminaron a la búsqueda de seguidores por parte de los dos colosos, si bien no puede decirse que las gestiones resultaran satisfactorias.

Estados Unidos, una vez más, reiteró su abstencionismo respecto de las querrelas domésticas de Europa, si bien estaba claro que intervendría en el caso de que cualquier conflicto planteado alcanzase dimensiones universales. En cuanto a la Unión Soviética, los occidentales enviaron a Moscú una representación que encontró buena acogida por parte del ministro soviético Litvinov, pero las negociaciones, demasiado detallistas, se llevaron a ritmo lento y con evidente desconfianza por ambas partes. En el fondo no se trataba sino de ponerse de acuerdo frente a una eventual agresión alemana, pero en cuanto a las formas concretas de estrangular toda aspiración del enemigo común, no era fácil dar con fórmulas igualmente aceptables. Unión Soviética no tenía el menor interés en el engrandecimiento anglo-francés a costa de Alemania, como los occidentales no estaban dispuestos a sustituir las ambiciones alemanas en el Este de Europa por las ambiciones soviéticas. El 26 de junio pareció encontrarse una fórmula básica que sirviera de punto de partida, pero al acuerdo

político no pudo seguir un acuerdo militar, y en agosto las negociaciones quedaron de nuevo estancadas.

Entretanto se mantenía con sucesivas alternativas la tensión germano-polaca. Hitler no atacaba abiertamente, contenido tanto por la posibilidad de una coalición contra el Reich como por las pocas seguridades que le daba Italia. Mussolini, tras la firma del Pacto de Acero, se había vuelto espectacularmente atrás, explicando confidencialmente a su aliado que Italia podía apoyar sus reivindicaciones en el campo diplomático, pero no en el militar. El plan de rearme italiano terminaba, como el alemán, en 1943, pero se encontraba a la sazón mucho más retrasado, excepto en lo referente a las construcciones navales, que era el capítulo estimado como más urgente. Italia no se encontraba en condiciones de ir a una guerra regular, y menos si era larga.

Hitler aceptó como buenas sus razones, y comprendió también que la superioridad alemana —sobre todo en calidad de material— no sería válida ante un cúmulo de enemigos como el que podía venirle encima; y le preocupaba también, sobre todo, el fantasma de la guerra larga. Su Estado Mayor General elaboraba ya por entonces planes de Blitzkrieg, asaltos felinos y sorprendidos, por separado, sobre cada uno de sus posibles enemigos, con bombardeos aéreos fulminantes y penetraciones en flecha por masas de carros de combate; pero todavía no se pensaba con seriedad en una gran guerra simultánea con las grandes potencias europeas, o, cuando menos, se la consideraba como una eventualidad relativamente remota. Ahora bien, Hitler ya no estaba dispuesto a volverse atrás en sus decisiones, y no era fácil plegar velas en la cuestión de Dantzig sin empañar el honor alemán. Por oír ¡Date, los incidentes ocurridos en la propia ciudad de Dantzig, así como en Poznanía y en el corredor, donde las autoridades polacas cometieron algunas torpezas, obligaban a los alemanes, al tiempo que parecía proporcionarles argumentos en favor de la intervención. Los contactos entre von Ribbentrop y Beck fueron haciéndose cada vez más duros a lo largo del verano de 1939, hasta amenazar con un rompimiento fatal. Este proceso de endurecimiento fue ampliando el área de las reivindicaciones alemanas; ahora, lo que Hitler pedía ya no era sólo la incorporación de Dantzig, ni

tampoco una autopista que cruzase el corredor, sino el propio corredor y la Poznanía, o, como prefería decir, "la redención de millón y medio de alemanes orientales oprimidos por la brutalidad polaca".

En agosto, la política exterior alemana experimentó un viraje sensacional. Hasta entonces, había buscado la amistad japonesa, tomando como base el Pacto Anti-Komintern, es decir, la común oposición internacional, y por ende a la Unión Soviética. Cierta que, para conseguir la indefensión de Polonia por el Este, los alemanes venían realizando tanteos esporádicos en Moscú, sobre todo desde que en mayo el occidentalista Litvinov había sido sustituido en el Ministerio soviético de Asuntos Extranjeros por Molotov, que prefería los fascismos a las democracias capitalistas; desde entonces, Moscú había coqueteado veleidosamente con unos y con otros, pero sin que los alemanes pudiesen abrigar demasiadas esperanzas.

El obstáculo principal, además de los intereses contrapuestos en Europa central y oriental, era el Pacto Anti-Komintern y el apoyo a la política japonesa en el Extremo Oriente. Pero el 20 de agosto se anunció el viaje de von Ribbentrop a Moscú. Tres días más tarde, el mundo entero se sorprendió con la noticia de la firma del Pacto germano-soviético. De pronto, tanto Hitler como Stalin habían llegado a la conclusión de que lo mejor para sus respectivos países era entenderse de momento y ladinaamente. El acuerdo suscrito por von Ribbentrop y Molotov en Moscú era, concretamente, un Pacto de no-agresión, cuyas dos cláusulas fundamentales estipulaban:

- 1º Alemania y la Unión Soviética se comprometen, durante un plazo de diez años, a renunciar a todo acto mutuo de agresión armada, va individualmente, va en forma de alianza con otras potencias.
- 2º En caso de que una de las partes contratantes sea objeto de actos hostiles por parte de una tercera potencia, la otra no apoyará de ningún modo a esa tercera potencia.

Era la garantía de que Alemania podía atacar impunemente —por parte de Unión Soviética, se entiende— a Polonia, y de que, si por culpa de esta agresión, comenzaba una guerra general, la Unión Soviética se abstendría de intervenir.

Claro está que aquella victoria diplomática no se había obtenido gratuitamente. Junto a las cláusulas publicadas, se estipularon otras secretas, que no fueron conocidas hasta después de finalizada la guerra, si bien París y Londres recibieron muy pronto algunas vagas informaciones al respecto. Alemania y la Unión Soviética se repartían sus respectivas zonas de influencia. En el caso de transformaciones político-territoriales, la Unión Soviética tiene derecho a considerar comprendida en sus intereses la zona oriental de Polonia, y Alemania la occidental. Los soviéticos no serían molestados por los alemanes en Finlandia, Letonia y Estonia, y no detendrían una eventual intervención alemana en Lituania. Se reconocía también el interés soviético sobre la Besarabia rumana, e incluso hay en el texto una vaga alusión a la no intervención alemana en el sureste de Europa, que parece dejar a la Unión Soviética con las manos libres sobre Turquía y los Estrechos.

La noticia de la firma del pacto germano-soviético cayó como una bomba. Los anglo-franceses se dieron cuenta de la gravedad de la victoria de von Ribbentrop, y comprendieron demasiado tarde el triste papel que habían jugado sus reticencias y dilaciones ante su entendimiento con los soviéticos. Por su parte, Japón protestó contra la desertión alemana, y tampoco fue muy favorable la reacción de Roma. Pero Hitler tenía motivos para considerar que había logrado el éxito más espectacular que podía imaginarse por entonces. Asociado a los soviéticos por comunes intereses, más podía esperar el apoyo que la obstrucción soviética a una intervención en Polonia, y era menos probable que las dos potencias atlánticas, imposibilitadas de proporcionar a plazo inmediato una ayuda decisiva a los polacos, se decidieran a intervenir. En realidad, los dos grandes colosos germano y soviético no habían hecho otra cosa, por interés mutuo y razones de conveniencia inmediata, que aplazar por tiempo indefinido el momento de ajustarse las cuentas. Lo explicó Stalin, más tarde, para justificarse ante los aliados occidentales: "Si nuestros amigos nos preguntan por qué firmamos un pacto de no agresión con la Alemania fascista en 1939, les diremos: para ganar año y medio. Aquel año y medio fue el que hizo posible nuestra victoria".

Lo alemanes, por su parte, disfrutarían de ese año y medio de respiro para sus campañas más urgentes. En junio de 1941, dueños ya del Continente europeo, atacarían a la Unión Soviética, y darían otra explicación a las intenciones de Stalin: lo que el dictador rojo pretendía con el pacto de 1939 era agazaparse en una astuta neutralidad, para en el momento preciso en que la guerra europea llegase a su crisis, lanzarse a la conquista del Continente. La versión que circuló entre las células comunistas francesas e italianas no era muy distinta; Rusia permitió el desencadenamiento de la guerra entre dos regímenes perversos, los fascismos y las democracias capitalistas, como medio de lograr la gran revolución comunista. Lo ocurrido en 1919 hacía prever lo fácil que sería, a la salida de una segunda guerra, y contando con la presión soviética, la comunización de Europa.

Lo cierto fue que, de hecho, el pacto germano-soviético dejó la puerta abierta a la Segunda Guerra Mundial. Desde aquel momento, Hitler, considerando la situación en sus manos, dio rienda suelta a su política agresora. Al día siguiente de la firma del Tratado, el 24 de septiembre, dispuso la intervención armada en Polonia, si no surtía efecto un ultimátum que se disponía a enviar a Varsovia.

El 25 de septiembre le detuvieron unas cuantas noticias. En primer lugar, la ratificación del pacto militar entre Gran Bretaña y Polonia, que venía a ser un desafío a las intenciones germanas; en seguida, la seguridad dada por los respectivos embajadores en Berlín de que tanto Francia como Gran Bretaña harían honor a sus obligaciones con Polonia, fueran cuales fueren las consecuencias; en tercer lugar, un mensaje angustiado de Mussolini, pidiendo a Hitler renunciase al uso de la fuerza, si quería evitar una catástrofe general, reiterando la negativa de Italia a entrar en una guerra contra las potencias occidentales por culpa del problema polaco, y aconsejando al Führer el entendimiento directo con Polonia. Por último, la denuncia del Pacto anti-Komintern, formulada por Tokio como consecuencia del pacto germano-soviético. Hitler era hombre que se creca ante las dificultades, y embestía contra ellas como un toro; los retos recibidos reafirmaron su determinación de atacar a Polonia, y no solo ya la zona del corredor; pero era

preciso aclarar la situación, y por eso aplazo unas días sus planes, con objeto de aparar a los anglo-franceses de la intervención en el asunto.

El Führer admiraba a Inglaterra —ese otro gran país germánico— y al mismo tiempo la temía. Sus planes hegemónicos —un poco conforme a la tradición de Bismarck— contaban con Gran Bretaña más como colaboradora que como obstáculo. Desde "Mein Kampf" podía rastrearse esta tendencia de Hitler a entenderse con los ingleses; sus ansias revanchistas iban dirigidas contra Francia, nunca contra las islas vecinas. ¿Sería posible todavía entonces un entendimiento con Inglaterra? Hitler recibió al embajador británico, sir Neville Henderson, y se quejó ante su presencia del pacto militar anglo-polaco, que, al sostener la cerril Intransigencia de Beck, estaba cerrando a Berlín toda posibilidad de negociar con Varsovia; y pasó luego a presentarle una oferta grande y amplia de alianza entre los dos grandes poderes supremos del globo, el militar germano y el naval inglés, como llaves de la paz y el orden mundiales.

"¿Cómo obraría usted, M. Daladier —escribía mientras tanto Hitler al primer ministro francés— si por algún resultado infortunado de una guerra, una de sus provincias fuera separada por un corredor ocupado por una potencia extranjera? ¿Y si a una gran ciudad, pongamos por caso Marsella, se le impidiera ser de Francia y los franceses que en ella vivieran fueran perseguidos, apaleados, maltratados, asesinados del modo más brutal?... Le pido que comprenda esto: que es insoportable para una nación de honor renunciar a su reclamación sobre casi dos millones de seres humanos, y verlos maltratados en sus propias fronteras. Por consiguiente, he formulado una clara demanda a Polonia. Dantzig y el corredor deben volver a Alemania. Si por esa causa, nuestros dos países debieran encontrarse nuevamente en el campo de batalla, habría, sin embargo, diferencia de motivos. Yo, M. Daladier, estaré llevando a mi pueblo a una lucha por rectificar una injusticia mientras que el suyo lucharía para mantener esa injusticia".

Por hábil que fuese la dialéctica de Hitler, era difícil que pudiera convencer a nadie, ya a aquellas alturas. La postura de Chamberlain, el pacifista desengañado, fue clara: "Se ha dicho —él escribía al Führer— que si el Gobierno de Su Majestad hubiera

definido más claramente su posición en 1914, habría evitado aquel conflicto. Sea o no fundado este aserto, lo cierto es que ahora el Gobierno de Su Majestad no está dispuesto a que se repita un error de tan trágicas consecuencias.

Daladier prefirió no contestar, pero tampoco estaba dispuesto a dar el visto bueno a Hitler. Como siempre, cada bando estimaba que su actitud firme acabaría por desamar al contrario.

¿Hasta dónde iba a llegar aquella partida?

El 28 de agosto, Alemania reclamó la presencia en Berlín de un plenipotenciario polaco, para hacerle entrega de un ultimátum, y al mismo tiempo pedía a Inglaterra que actuase de mediadora entre las dos partes. La exigencia que iba a presentarse a Polonia, según se sabe ahora, consistía en la anexión inmediata de Dantzig, la desmilitarización del corredor y Poznanía, y la celebración de un plebiscito en el plazo de un año; a Polonia se le seguiría garantizando una salida comercial al mar. Beck, que conocía por la experiencia de Schuschnigg y de Hacha, que luchando en campo de su rival llevaba todas las de perder, se negó a acudir a Berlín: "Díganle a Hitler que no quiero ser otro Hacha".

Transcurrieron las 24 horas del plazo establecido por la conminación alemana sin que ningún plenipotenciario polaco se presentara en Berlín. Hitler, con todo, demoraba la dramática decisión, tratando de atisbar las intenciones francesas e inglesas. Sin embargo, todo estaba ya decidido en la tarde del 31 de agosto, cuando el embajador Lipski pidió ser recibido por von Ribbentrop; entrevista tardía que no resolvió nada, porque Lipski no había recibido de Varsovia plenos poderes, y porque lo que el embajador Lipski se proponía exigir era una negociación sin ultimátum por medio. Casi al mismo tiempo se recibía un patético llamamiento de Mussolini pidiendo una reunión internacional de alto nivel, en el mismo estilo de Munich.

Era demasiado tarde. El Alto Mando alemán había informado a Hitler que el ataque a Polonia, de llevarse a cabo, habría de iniciarse lo más tarde el 1º de septiembre.

A las 04.45 horas de la madrugada de aquel día se ordenó el ataque. Comenzaba la guerra entre Alemania y Polonia. ¿Simple incidente fronterizo o cataclismo mundial?

Nadie podía precisar aún las consecuencias de aquella jugada llevada hasta el final, de aquella carta decisiva puesta al fin sobre la mesa.

Hitler siguió creyendo que la política de firmeza anunciada en Londres y en París se agotaría también en palabras. Se equivocó, y su equivocación fue de las más importantes que recuerda la Historia.

Bibliografía:

- Adler, Selig.— “The Uncertain Giant, 1921-1941”.
- “American Foreign Policy Between the Wars”. Colliers Books, The MacMillan Co., N.Y. - 1971.
- Carr, Edward Hallet.— “The Twenty Years’ Crisis, 1919 - 1939”. Harper & Row Publishers, New York - 1964.
- Carsten, Francis L.— “La Ascensión del Fascismo”. Editorial Seix Barral S.A. Barcelona - 1971.
- Cartier, Raymond.— “La Segunda Guerra Mundial”. Larousse - Paris Match, Barcelona - 1966.
- Ciano, Conde.— “Europa hacia la Catástrofe”. José Janés, Barcelona - 1949.
- Collotti, Enzo.— “La Alemania Nazi”, Alianza Editorial S.A., Madrid - 1972.
- Duroselle, J.B.— “Política Exterior de los Estados Unidos, 1913-1945”. Fondo de Cultura Económica, México - 1965.
- Liddell-Hart, Basil.— “History of the Second World War”. Cassell & Co. Ltd., London - 1970.
- Lojendio, Luis María de.— “Operaciones Militares de la Guerra de España”. Montaner y Simón S.A., Barcelona - 1940.
- London, Kurt.— “La Unión Soviética (50 años de Comunismo)”. Monte Avialviala - Editores, Caracas - 1969.
- Northedge, F.S.— “A Hundred Years of International Relations”.
- Grievé, M.J.— Praeger Publishers Inc., New York - 1971.
- Palmer, R.R.— “A History of the Modern World”.
- Colton, Joel.— Alfred A. Knopf, New York - 1971.
- Ropp, Theodore.— “War in the Modern World”. Duke University Press, Durham - 1959.
- Sposito, Vincent J.— “Breve Historia de la II Guerra Mundial”. Editorial Diana S.A., México - 1964.
- Taylor, A.J.P.— “The Origins of the Second World War”. Fawcett Publications Inc., Greenwich, Conn. - 1961.
- Thomas, Hugh.— “La Guerra Civil Española”. Ruedo Ibérico, París - 1967.

